

LA MAÑANA



## I

Es temprano y la calle derrama soledades sin importancia. El día anuncia engaños por venir. Desde su atrio Rosa no quita los ojos de la encrucijada de calles. Suda y el jadeo lentamente se aletarga, para dar paso a Miguel, quien abre su puerta, se detiene en el umbral y sin demora atraviesa la calle para aproximarse al balcón de Benjamín.

Repara en el movimiento de Miguel, se persigna, agacha la cabeza y el arrebatado dormita y ella piensa en su vida, la cual se puede reducir a un tratado de sensualidades y perversiones, dualidad que marcó en su rostro el rictus de arrobamiento y tribulación, obra de la secreta eficacia del polvo. Esa mañana, animosa y desorientada, Rosa logra traspasar el umbral de los sesenta años a pesar de sus calamidades anímicas. Tiene años de obstinarse con la idea del pecado, fantasma que alimenta sus arrebatos por derrotar a los demonios de la carne.

Supuso que Cristo sería esencial para consumir la imposible tarea de limpiarla por completo de la podredumbre. Y no supuso mal, sólo que el asunto

se quedó a medias, entre sombras de pecados inconfesables y una claridad alcanzada a puros cantos y golpes de pecho, que no impiden que reincida, a solas, en el ejercicio de hojear las páginas de su catálogo amoroso, que la sumen en unos lapsos de sutil recordación.

Cuenta y nombra cada amor que pasó por su cuerpo. Hombres que la dejaron abandonada en el soplo de un tiempo efímero. Ella hizo lo mismo: se bañó de sus sudores y ahora ellos la recuerdan como lo que fue, una mujer hermosa e insaciable. Con todo, ninguno dejó una huella tan indeleble como Ramiro García, afecto encubierto en los márgenes de sus porfiados recuerdos.

Ramiro fue un parteaguas para sortear el charco de su existencia. Él, sin proponérselo, le reveló el atajo para llegar al encuentro con el Señor. Sus mimos, su carácter apacible, su bondad en suma, le abrieron los ojos a una nueva vida, tan distinta a la padecida desde la niñez. A pesar de ello, un día se levantó con la idea de abandonarlo y desaparecer. Ése sería el principio de su viaje por santidades a prueba de toda tentación.

“No hay en este mundo nada, absolutamente nada, que no pueda resolverse sin la mano de Él”, afirma, con fe más cegatona que ciega. Cree que el miedo, el deseo, la lujuria, la envidia, entre tantas debilidades humanas, pueden sortearse con la fortaleza de Cristo. El pastor de la iglesia evangélica, adonde asiste con disciplina militar, le dice con insistencia: “Fe es sentirse apoderado”. Es, además, vivir con intensidad las palabras de San Pablo: “Sentir en el pecho la *dynamis* de Cristo”.

Esa *dynamis* explica su crisis ante los hechos que acaba de presenciar. Ninguno puede quitarle de la cabeza la idea que acaba de consumir un gravísimo pecado: sentir mucho más miedo del que humanamente se puede sentir. Y ella es versada en el tema. Lo experimentó por primera vez cuando vio a su padre golpear a su madre porque el almuerzo no estaba caliente. La siguiente, cuando recibió una paliza por no poner el suficiente cuidado con uno de sus hermanos pequeños. Así, desde niña el miedo presentó su documento de identidad, siendo un huésped excesivo y arbitrario que rigió hasta el más nimio detalle de su existencia. Ello acabaría cuando el azar obró su relojería de desencuentros y el opio evangélico se le cruzó a medio camino, ofreciéndole paz.

Se hallaba poco instruida en esos ministerios para enfrentar sus carestías espirituales cuando su padre murió. Sin contriciones rechinaron las palabras de su madre al comunicarle que ya no había nada qué hacer. Cuando bajaron el ataúd a la tierra se quitó un peso de encima y algo febril subió por su rostro porque en lugar de lágrimas sintió deseos de reír y abrazar a su madre que por fin descansaba de aquel hombre innoble. Ese día, se abstuvo de cualquier comentario y se quedó sin decir palabra, sin llanto, igual que sus hermanos, quienes estuvieron hasta el último minuto, para estar seguros que no se saldría de la tumba.

Aunque el miedo no terminó con esa muerte. Tendrían que desencadenarse otros hechos para confirmarle que su germen no sólo estaba en la conducta paterna, venía de algo más amargo, más